

I

Un mal encuentro

DOBLAR EL TIEMPO

Con la lectura de los «muy serios» estudios dedicados a los usuarios de la telefonía móvil se descubre un mundo increíble... Los modernos, los adeptos al móvil afirman, por ejemplo, que gracias a él pueden volver atrás en el tiempo. En lo que están pensando es en que, tras haber quedado con Pepita a las 16.30 y al darse cuenta a las 16.25 de que sus muy importantes actividades no les permitirán presentarse a esa hora, gracias al móvil pueden anular la cita, renunciar a ella. ¡Fabuloso, sin duda! ¡Pueden desdecirse de una obligación, de una decisión! ¡He aquí un cambio de civilización! Al parecer el móvil ha inventado a la gente veleidosa... Y es que hay que reconocer la triste suerte de ese eslabón perdido entre el mono y el hombre que todavía no conocía el móvil: cuando decidía algo, lo cumplía. Hoy la gente puede cambiar sus decisiones. Pero el dominio del capital-tiempo no se queda ahí. Los mismos usuarios señalan que también pueden doblar el tiempo. Durante el trayecto de su trabajo a su domicilio, gracias al kit manos libres, pueden, por ejemplo, hacer una

serie de cosas con sus manos. ¡Pueden cerrar negocios muy importantes al tiempo que conducen! Doblar el tiempo, hacerlo reversible; igual hay que hacer un estudio entre los usuarios de móvil para saber a qué llaman tiempo.

UN *KAIROS* DE PLÁSTICO

En la antigua Grecia el *kairos* era el momento exacto en el que se aprehendía la certeza de que debía actuarse: estar ahí, no perder la ocasión. Dicho esto, desde un punto de vista estructural, a lo que se alude en las palabras de los usuarios del móvil es en verdad a un *kairos* de plástico. La famosa historia de dominar el tiempo manifiesta en definitiva un pánico ante la posibilidad de «perder *el momento*», los diferentes momentos claves, las bifurcaciones, etc., esos momentos que nos dan la sensación de perdernos la vida si los dejamos pasar. Este pánico es tan poderoso que, desde un punto de vista neurótico, casi cualquier cosa que nos perdamos en la vida, por nimia que sea, puede vivirse como gravísima porque evoca, cada vez que se presenta, *la pérdida, el fracaso de nuestra vida. Todo fracaso evoca el de la vida.*

Tomemos aquí el ejemplo de una fiesta en tiempos del móvil: estamos en casa de Pedro (fiesta n.º 1), pero un SMS nos avisa de que también hay, al mismo tiempo, una fiesta en casa de María (fiesta n.º 2). Por su parte, Edwige nos deja un mensaje en el contestador diciendo que tie-

nen un pequeño guateque en ese mismo momento en su casa; y Juan Eduardo acaba de llamarnos (entre dos canciones, hemos oído el móvil) porque en su casa están pasándolo genial, bailando, etc. Una tristeza embarga entonces nuestro espíritu: lo de Juan Eduardo está más divertido, sin olvidar que en casa de Edwige los cócteles son magníficos... Y ¡ya sabemos que en casa de María suele haber gente que no encontramos en otros sitios! Qué dilema, qué sufrimiento en el supermercado de la vida... «Perdérnoslo todo», porque nos perdemos el «todo». Perder el todo, fracasar en todo, no es, ni más ni menos, lo que en psicoanálisis se denomina la castración simbólica. Más aún: más vale perdernos el todo; si no, nos volveríamos psicóticos... Pero al calor de la música, del humo y del alcohol comenzamos a angustiarnos y pasamos de la fiesta 1 a la 2, la 3, la 4, etc. Hacemos *zapping*, en resumen. No tanto porque todo nos interesa, sino porque quizás sea en una de esas fiestas, la 7, la 10 o la 23, donde *había que estar*. Y nosotros nos lo estamos perdiendo.

Un evento acontece en algún sitio y nosotros, como estresadas ratas de laboratorio, corriendo por el laberinto de una esquina a otra, llegando siempre cuando la fiesta se ha acabado. Sin embargo, claro está, cuando un evento acaece, sus protagonistas ignoran por completo lo que están viviendo. La mejor forma de vaciar nuestra vida de todo contenido y profundidad es correr de un sitio para otro. Pues, como escribía Lacan, «donde estoy, no pienso, y donde pienso, no estoy». Dicho de otra forma, es al

reflexionar *a posteriori* cuando nos damos cuenta de que hemos sido protagonistas de un evento. Pero, para ello, hay que aceptar, en cierta forma, quedarse en el sitio. Querer estar ahí donde hay que estar, es querer estar en otro sitio. El hecho de no poder estar más que en un sitio a la vez no revela ninguna incapacidad. Muy al contrario, estar en varios sitios a la vez tan sólo significa estar muy poco en muchos sitios, en diferentes momentos. La ilusión de poder abarcar una serie de lugares para no perderse el momento que nos interesa manifiesta un imposible propio de pesadilla. En cambio, en un lugar, en una situación concreta a la que nos dedicamos con ahínco, se puede desplegar una infinidad de posibilidades.

Existen dos infinitos: el de la serie 1, 2, 3, etc., que se muestra envolvente y permanece siempre incompleto, y el que existe en cada situación concreta y queda envuelto por ella. Estructuralmente, el móvil nos tienta, en su calidad de fetiche todopoderoso, con la posibilidad de alcanzar el momento clave por acumulación de tiempos, conforme al primer infinito. Gracias a él, nunca estamos atrapados en el tiempo en el que estamos; no cesa de presentarnos una miríada de situaciones diferentes y nos permite no sentirnos nunca enraizados en la situación en la que nos encontramos. Como decía un gran «consumidor» de este tipo de telefonía, la premura en la que nos sitúa la comunicación móvil nos da el sentimiento de que todo es urgente y, en consecuencia, de que tenemos que ocuparnos permanentemente de alguna otra cosa por miedo

de perder lo que tenemos que atrapar, la ocasión, el *kairos*. Sin embargo, haciendo esto en realidad perdemos lo que está pasando aquí y ahora, lo que estamos viviendo, algo que concierne, eso sí, a una temporalidad ligada a nuestra situación.

MÓVIL Y VIRTUALIZACIÓN DEL TIEMPO

La única forma de creer en ese dominio del tiempo es considerar sólo su dimensión consciente y comunicacional, la de la intencionalidad, la coherencia exagerada, la del famoso «el tiempo es oro». Todo sucede como si para creer en nuestro dominio de la situación, en primer lugar la amputáramos de todas las dimensiones que no podemos dominar. De hecho, ¿cómo es posible que, contra toda evidencia, lleguemos a creer en nuestra capacidad de dominio de lo real, del tiempo y del espacio, sin caer en el delirio? Sencillamente porque olvidamos todas las dimensiones profundas de la situación. La consciencia funciona creando de manera permanente una ilusión de simultaneidad allí donde, en el fenómeno real, existen intensidades y temporalidades diferentes. La consciencia reemplaza todo proceso por una sucesión de «instantáneas».

El móvil, más que cualquier otro medio de comunicación, encaja en dicha perspectiva hasta el punto de identificarse con este funcionamiento de la consciencia. A diferencia de su hermano mayor, el teléfono fijo, su carácter